

Recordar, compartir, aprender

**Salamanca**

Macrina Calvo

Lara García Cañuelo, 21 años

## UNA JUGADA TRAMPOSA DEL DESTINO

La historia de amor más intensa que jamás escuché comenzó y acabó en el mismo punto. Las minas de uranio que unieron a Macrina y Antonio también se lo llevaron a él, pero no borraron la senda del amor que a día de hoy sigue iluminando los recuerdos de la que considero la mejor de las confidentes.

El sofocante calor que estamos sufriendo desde antes del comienzo oficial del verano me ha hecho pensar en innumerables ocasiones en Macrina y, más en concreto, en el duro trabajo que ella desempeñaba cuando tenía mi edad.

Resguardada por las cuatro paredes de mi casa no dejo de quejarme de las altas temperaturas, me levanto, doy un largo trago de agua de una botella recién sacada de la nevera, enciendo el ventilador y vuelvo a ocupar mi posición inicial, es decir, me siento de nuevo en el sofá. Esta actitud, tan recomendable hoy en día por los telediarios de sobremesa en estas fechas, sería impensable para Macrina cuando rondaba mi edad. La situación que a ella le tocó vivir fue bien distinta...

Desde los 12 años se dedicó a servir en una casa donde los bienes de primera necesidad eran más abundantes que en la de sus padres; pero cuando llegaba el verano y el sol secaba sin compasión los extensos campos de Saelices El Chico (Salamanca), Macrina regresaba a su pueblo para dedicar todo el día a trabajar en la siega y, así, aportar unas trescientas pesetas al mes, cantidad que a día de hoy suena ridícula, pero que por aquel entonces servía para alimentar muchas bocas en casa.

La jornada de trabajo comenzaba a las seis de la mañana, para poder aprovechar las horas en las que el calor aún no es insoportable, y no se paraba hasta las diez de la mañana para comer un pequeño aperitivo y coger fuerzas, ya que lo peor estaba por llegar. Las horas más duras del día, entre las 12 y las seis, también las pasaba debajo del sol intentado engañar el reflejo de éste con mantas, y es que el relieve llano de la comarca de Ciudad Rodrigo, y más en concreto el de los campos de cereales, no estaba adornado con árboles o cualquier otro tipo de vegetación que proporcionase sombra. Hasta las doce de la noche no se paraba de cortar y atar cereales, así que, sin resultar exagerada puedo decir que el trabajo comenzaba con la salida del sol, pero no se abandonaba con la llegada de la luna, sino que ésta servía de farolillo para poder aprovechar alguna hora más, hasta que las fuerzas decaían y todos los sentidos pedían descansar. Ni que decir tiene que los días de descanso no existían. Durante dos meses este ritmo de vida se convertía en rutina, pero a pesar de la dureza del trabajo no había lugar para las quejas por el esfuerzo porque el trabajo significaba sobrevivir, que no obtener lujos o hacer una gran fortuna.

Cuando Macrina cumplió los 20 años, el destino le enseñó las cartas que tenía guardadas para ella; el amor llamó a su puerta con la fórmula de la felicidad debajo del brazo. La piel morena y la magia andaluza de Antonio deslumbraron a esta joven charra, que, desde el primer momento, supo que ese hombre sería una bocanada de aire fresco en su sofocante ritmo de vida. Pocos meses después de conocerse en el baile de los domingos, tras muchos paseos cargados de confianzas y algún que otro beso robado en la mejilla, Macrina y Antonio decidieron unir sus vidas, pero con una peculiaridad que aflora a día de hoy, el 'hasta que la muerte nos separe' se quedaría atrás para dar paso al 'juntos eternamente'.

Antonio dejó su Córdoba natal y se trasladó a Salamanca en busca de posibles minas de uranio. Allí descubrió el amor y nunca más se volvió a trasladar solo, Macrina se convirtió en su mejor compañera de viaje. Pontevedra, Lugo, Burgos, Guadalajara... todos estos lugares fueron escenarios de su complicidad y vieron

nacer a los que serían sus mayores tesoros, sus dos hijos.

Lejos de ser el ama de su casa, Macrina desempeñaba el papel de reina de su casa. Nunca le faltó el más mínimo detalle de su marido que sólo tenía ojos para ella y un único deseo, 'hacerla la mujer más feliz del mundo'. Cada domingo acudían a la Iglesia para asistir a la eucaristía y después, en la misma puerta, decidían dónde irían ese día.

- ¿Dónde vamos hoy?, preguntaba, con cierta intriga, Macrina.

- Donde vaya el viento, respondía Antonio, y acto seguido lanzaba un pañuelo al cielo para ver la dirección del aire.

Durante 17 años, el matrimonio y sus dos hijos recorrieron infinidad de lugares y disfrutaron juntos de los pequeños detalles de la vida, como si ya supieran la mala pasada que el destino les jugaría poco después.

En 1980 el trabajo de Antonio les llevó hasta un pueblo de Guadalajara. Allí pasaron unos meses, pero poco a poco el cabeza de familia comenzó a enfermar hasta que, sin remedio, tuvo que ser ingresado en el hospital de la capital. Macrina volvió a dar un giro a su vida y, como si de un ángel guardián de Antonio se tratase, no se movió de su lado. Después de angustiosos días agarrada a un hilo de esperanza, el destino jugó tramposamente en su contra. La sonrisa de Antonio se apagó y con ella un pedacito de Macrina. Durante una época el sueño de su vida se tornó a pesadilla; nada ni nadie podían consolar el inmenso dolor que había provocado el adiós de Antonio. El uranio que lo había llevado hasta tierras charras, cerca de Macrina, lo había alejado a un lugar donde no podían ir los domingos. A pesar de que en aquellos momentos resultaba casi imposible mirar hacia adelante, el legado de Antonio, es decir, sus dos tesoros, con tan sólo 11 y 15 años devolvieron la ilusión por vivir a su madre.

Ahora, lo que primero fue sueño y más tarde pesadilla, se ha vuelto a convertir en sueño, un sueño cargado de recuerdos, pero alimentado del presente. La vida de Macrina vuelve a tener sentido porque aquello que realmente le hizo feliz no se ha ido, sino que vive en ella y en lo que la rodea.

## LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Qué difícil es explicar con 22 años aquello que realmente merece la pena en la vida, pero qué sencillo y claro parece cuando dicha argumentación viene dada por alguien a quien el paseo de la vida le ha mantenido caminando 65 años.

Cuando el tiempo es el encargado de enseñar, las exigencias se reducen y esto mismo es lo que le ha ocurrido a Macrina. Después de una vida llena de alegrías y acompañada de llanto en determinados momentos, solamente le pide una cosa al porvenir, solamente exige algo que, en cierta medida, podría estar en manos de aquellos en los que hemos confiado para gestionar nuestra sociedad. Tan sólo se conforma con poder vivir tranquilamente. Haciendo uso de la generosidad que me ha demostrado, Macrina muestra más preocupación por el futuro de todos aquellos, que al igual que yo, pueden, simplemente girando la cabeza, divisar la línea de salida de esta carrera en la que todos participamos, y que no es otra que la vida misma.

Ella mejor que nadie sabe que a la hora de forjarnos el destino "nadie regala nada" y todo tiene un precio que en ocasiones cuesta pagar: "es ley de vida", dice sin titubear y agachando con timidez sus ojos cargados de experiencia.

La situación de alerta en la que nos encontramos desde que entró en nuestras vidas la palabras 'crisis' es mucho más intensa en nuestros mayores; supongo que se debe a que ellos saben mejor que las nuevas generaciones lo que significa la 'escasez' y, por tanto, lejos de fantasear, Macrina sólo pide que todos aquellos que estamos intentando hacernos un hueco en la vida, al menos, tengamos la oportunidad de vivir dignamente, pero a costa de nuestro trabajo, no olvidemos que "nadie regala nada".